



## LOS POETAS ÉPICOS CRISTIANOS

Dante.—Tasso.—Milton.—Klopstock.—Chateaubriand.

### AL LECTOR

Los ensayos de crítica biográfica que forman el presente libro, proceden de diferentes épocas, y alguno de ellos ha sufrido modificaciones importantes; todo lo cual voy á reseñar con brevedad, para mejor inteligencia del que leyere.

A fines del año de 1878 y principios del 79, colaboraba yo en la revista *La Ciencia cristiana*, dirigida por el sabio catedrático D. Juan Manuel Orti y Lara, redactada por obispos y sacerdotes seculares y regulares, y algunos laicos. Para dicha publicación proyecté y emprendí una serie de artículos, que habían de versar sobre las *Epopeyas cristianas*, en número de cinco, á saber: la *Divina Comedia*, de Dante, el *Paraiso perdido*, de Milton, la *Jerusalén libertada*, de Tasso, la *Mesiada*, de Klopstock, y la *Cristiada*, de Hojeda.

Sobre las dos primeras escribí, en efecto, dos ensayos cortos y deficientes, que los lectores de *La Ciencia cristiana* acogieron, no obstante, con sumo agrado; y alentada por sus equívocas muestras de complacencia, tracé con mayor detenimiento y amplias proporciones el estudio de la *Jerusalén*, con propósito de pasar, sin levantar mano, á Klopstock y á Hojeda. Tropecé en una chinita de esas que cuando menos se piensa paralizan la acción, y fué que no pude encontrar por ninguna parte suficientes datos biográficos de Hojeda, y acaso por el influjo de este silencio de sus contemporáneos, unido á mi propia impresión de repetida lectura, la *Cristiada* empezó á parecerme un poema de tercer orden, indigno de figurar en la misma serie que Milton, y, sobre todo, que Dante. Esto, junto con haber emprendido trabajos literarios de otra índole, ó de mayor extensión, como *San Francisco*, y á las diferencias de criterio que me obligaron á separarme de la redacción de *La Ciencia cristiana*, fué parte á que ni terminase el estudio sobre Klopstock, ya muy adelantado, ni rehiciese—según mi deseo y propósito—los de Dante y Milton, para que, armonizadas sus proporciones con las de los dos siguientes, pudiesen publicarse reunidos en tomo.

Sin embargo, de tiempo en tiempo venía el recuerdo de aquella frustrada tentativa á hostigarme é inquietarme, como inquieta y hostiga el recuerdo de una falta. Es opuesto á mi carácter el dejar cosa por concluir, ó proyectó

por realizar; y el transcurso de los años diríase que enraiza más y más en mi voluntad todo plan literario que una vez acaricio. Debo añadir que incesantemente me estuvieron refrescando la memoria respecto á los *Épicos cristianos* las amables preguntas y lisonjeras impaciencias de un público siempre dispuesto á fantasear más bello lo más escondido. De mis estudios sobre los *Épicos cristianos*—publicados en la revista del Sr. Ortí, no reimpressos, y nunca muy divulgados,—hubo quien contó primores, asegurando que por esos estudios y por *San Francisco*, merecía la autora subir á no sé qué cumbres, y añadiendo que era imperdonable el no hacer edición de los *Épicos*. Estas voces, que al parecer deberían impulsarme, me retraían mucho, porque mi conciencia me dictaba que los *Épicos* no merecían semejantes encarecimientos, y me insinuaba que acaso podrían tener su origen, más que en verdadera estimación de aquellas ya olvidadas páginas, en aquiescencia al criterio que las informaba; criterio que hoy juzgo estrecho, y, por lo tanto, entiendo que no añadía mérito, antes se lo quitaba, á la obra.

A sacarme de mi indecisión vino, hace pocos días, el editor de la *Biblioteca clásica* señor D. Luis Navarro, solicitando el estudio de Tasso para colocarlo al frente de la traducción de la *Jerusalén libertada*, que pronto engrosará el catálogo de la misma *Biblioteca*.—Al revisar mi estudio para verificar en él las varias correcciones indispensables en toda reimpre-

sión de obra publicada hace años, volví á sentir afán de atar ese cabo suelto, de terminar lo comenzado, y afirmarles á mis benévolos lectores de 1879, que por malo que ahora sea el libro, siempre llevará ventaja á lo que pudo ser si yo en aquella fecha lo terminase y diese á luz.

Los estudios sobre Dante y Milton puede decirse que son enteramente nuevos. Apenas conservé algunos párrafos de la primitiva redacción. El de Klopstock también ha sido rehecho sobre la base de mis viejos apuntes. Respecto al de Tasso, son insignificantes las modificaciones que ha sufrido, y en esencia y forma permanece tal cual se imprimió en la revista del Sr. Ortí. El de Chateaubriand es nuevo del todo: no había trazado de él una línea. Del estudio sobre Hojeda desisto: no compondría buen papel nuestro poeta menor al lado de los otros altísimos. Más vale reconocer explícitamente que el único vate peninsular digno de ir en compañía de Dante y Tasso, sería Luis de Camoens.—La índole de su epopeya, esencialmente humana, inspirada por la realidad sensible y no por la suprasensible, le excluye del grupo que forman los épicos á quienes distinguí con el nombre de *cristianos*.

Ya sé á cuántas objeciones se presta este nombre aplicado á Dante, Milton, Tasso y Klopstock, con exclusión de los demás grandes poetas épicos, verbigracia Camoens, Ariosto, nuestro mismo *Ercilla*. ¿Quién podrá negar que cristianos fueron *Ercilla*, Camoens, y hasta el

licencioso cantor de *Orlando*? ¿Quién duda que hay en sus epopeyas muchísimo que no se explica sino mediante la poderosa influencia del cristianismo? Aun por eso mi clasificación no significa que no sean cristianos los poetas excluidos y sus poemas, cuanto más que se les pueda aplicar la nota de anticristianos (si bien sobre Ariosto y Boyardo habría mucho que decir). Expresa mi clasificación la índole especialísima de los poemas de Dante, Tasso, Milton, Klopstock y Chateaubriand, donde predomina el elemento religioso en sus diferentes formas, teológico en Dante, bíblico en Milton, bíblico y teosófico en Klopstock, elegíaco y lírico en Tasso y en el autor de *Los Mártires*. En este concepto pienso que se justifica el título de mi obra.

Lo más arduo de mi empresa al rehacer ó escribir de nuevo casi todo el texto del presente libro, era infundirle, ya que no íntegramente, al menos en sus líneas generales, el mismo criterio que lo inspiró hace más de trece años. Nuestras convicciones varían sin que esté en nuestra mano evitarlo, y como la apreciación crítica se deriva de las convicciones, modificase involuntariamente también. Este libro es hijo del estado de mi alma en 1878 y 79: era yo entonces lo que suele entenderse por neo-católica, y acaso por lo mismo que me inclinaba á dejar de serlo, y, sin embargo, me consideraba en el deber de seguir siéndolo, mis escrúpulos de conciencia me inclinaban á extremar, á dar la nota aguda del neo-catolicismo. Mal podría, en páginas traza-

das hoy, mantener en pie ciertas apreciaciones radicales, todavía más que radicales candorosas, opuestas á lo que actualmente siento y creo. Sin embargo, las diferencias que se noten entre mi crítica actual y la que todavía informa las páginas de Tasso, son antes de grado que de fundamento: no hay contradicción,—excepto para los cerrados intransigentes—sino ampliación de punto de vista, más ancho horizonte, más sereno juicio, más imparcialidad para reconocer la belleza, y un espíritu comprensivo y tolerante, que hoy considero dulce fruto de ese propio cristianismo, factor esencial de las sociedades modernas.

## INTRODUCCIÓN

SIEMPRE me había sorprendido el fenómeno de la decadencia y extinción de la epopeya, forma literaria tan robusta en las edades antiguas y aun en tiempos relativamente modernos, y herida de muerte desde que sustituyó á la Edad Media el Renacimiento y se extendió por Europa la Reforma protestante.

Notado ya el fenómeno por otros observadores, y acordes todos en el hecho de la extinción de la epopeya, lo achacaban á diferentes causas. La epopeya—decían unos—sólo surge en tiempos oscuros, míticos y heroicos, allá en los siglos de hierro y bronce, cuando los acontecimientos son cataclismos y los hombres semidiosos ó gigantes; ó bien en períodos de coherente unidad, cuando todas las voluntades tienen la misma orientación y los corazones laten á compás del mismo sentimiento. La epopeya—afirmaban otros—es tan incompatible con nuestras actuales costumbres, como lo sería la empresa del científico que quisiese escribir una *Suma* de los conocimientos contemporáneos. En la Edad Media se concibe la *Suma*

poética y la *Suma* teológica y la *Suma* de las conquistas de la razón: pero si en la Edad Media procedía la concepción sintética, hoy procede la analítica, representada en la poesía por el lirismo y por la monografía en la ciencia. Hoy la vida se atropella: hoy carece el poeta de aquel recogimiento y paz que engendra las obras largas, meditadas y robustas: hoy ni hay quien escriba un poema épico, ni habría siquiera quien lo leyese.

Todas estas razones me hacen fuerza, sin convencerme por completo. Que la epopeya no surgió tan sólo en edades míticas y oscuras para los que en ellas vivieron, está plenamente demostrado por la *Divina Comedia*, escrita, entendida y recitada por el pueblo en época tan clara y tan histórica como la Italia del siglo XIII, que equivale al XV en otras naciones. Lejos de corresponder á épocas de primitiva rudeza, las epopeyas son, generalmente, cristalización delicada de una civilización ya madura y de un sentido histórico ya formado y consciente. De algunas civilizaciones apenas nos queda otro monumento que una epopeya, y basta para la reconstrucción arqueológica del mundo desvanecido ya en la penumbra del pasado.

Que la epopeya sólo pueda brotar en una sociedad muy unida y coherente, tampoco me parece demostrado de modo indiscutible. Con mayor fundamento podría afirmarse que no hay epopeya que no refleje un estado de guerra y lucha, no sólo entre distintos pueblos (lo cual

no impediría la unidad nacional), sino entre distintos elementos de una misma nación,—ó no haya sido concebida en períodos álgidos de discordia. La *Iliada* canta, no sólo la lucha á muerte entre teucros y argivos, sino las rencillas y mutuos odios de los jefes griegos. En el *Majabarata* resuena en cada *esloca* fragor de lucha, no sólo de razas y familias reinantes, sino de castas, sacerdotal y guerrera, comercial y paria, que se quieren devorar. La *Eneida* nació cuando todo se disgregaba en la sociedad latina; cuando el Estado y la religión de Roma tenían minados los cimientos, y, bamboleándose, no tardarían en cubrir el suelo de ruinas. En cuanto á la *Divina Comedia* y al *Paraiso perdido*, ¿quién podrá decir que germinaron en épocas de unidad, si la primera apareció entre las irreconciliables luchas de güelfos y gibelinos, negros y blancos, la fermentación intelectual de tantas y tan diversas herejías, la atomística división de Italia en la Edad Media, y á la segunda la mecieron en su cuna los vaivenes del sanguinario Protectorado y las oleadas furiosas de la más fanática de las revoluciones?

Tampoco asiento incondicionalmente á la división de los poemas épicos en *naturales* y *artificiales*, ó, por lo menos, no transijo con el rigor de esta clasificación, á mi juicio un tanto arbitraria. Suele decirse que la característica de las epopeyas naturales es la ausencia de propósito literario y la espontaneidad, unida á la impersonalidad, siendo ésta causa de que

ignoremos casi siempre el verdadero nombre y la biografía de los grandes poetas primitivos, y de que hasta se ponga en duda su existencia, y se afirme unas veces que la *Iliada* es obra de varios rapsodas, otras que los presuntos autores de tales monumentos no son más que diferentes encarnaciones del tipo del *viava* ó compilador. Entendida así la formación de la epopeya, tiene algo de misterioso, sagrado y divino: parece la voz, no de un individuo, sino de un pueblo; vasta, profunda y lejana como la del mar.

Sin embargo, no acabo de persuadirme á que este modo de concebir la epopeya se ajuste exactamente á la realidad de los hechos, y no sea en gran parte creación de nuestra fantasía, excitada por la misma carencia de datos positivos respecto á la personalidad de un autor. Sin duda en las epopeyas más antiguas, en las reconocidas por *naturales*, como la *Iliada*, la *Odisea*, el *Majabarata*, el *Ramayana* y los *Niebelungos*, entra mayor suma de elementos objetivos ó externos; el poeta es probablemente, en primer término, y quitando á la palabra el sentido despreciativo que tiene contraído, un compilador genial. A la vez, sin embargo, tiene que ser un artista (más ó menos erudito y reflexivo), pero al cabo un hombre superior en fuerza estética á los demás individuos que forman la raza, la nación ó la sociedad de cuyo fondo toma los materiales para su obra. La hipótesis del carácter fragmentario de la *Iliada* y la *Odisea* es para mi inadmisible,

y siento carecer de estudios especiales de helénismo en que poder fundar mi adhesión á la escuela de Muller, y á la campaña de Gladstone, que sostienen, contra las hipótesis disolventes de Wolf, la existencia de Homero y la unidad de los dos poemas que se le atribuyen. La realidad de un movimiento épico difuso en la nación ó en la raza,—y es innegable que este movimiento existió en Grecia antes de Alejandro Magno—no impide, ó más bien favorece, la aparición de un individuo que resuma y cifre ese mismo movimiento y le dé forma y unidad. Los elementos preciosos de nuestro Romancero no llegaron á encontrar el arquitecto sublime, el gran adaptador que tuvieron en Homero el esmirniota las dispersas melopeas de los rapsodas errantes.

La espontaneidad, tal como entienden la palabra los clasificadores, no puede ser nunca nota dominante de una epopeya de miles de versos, con asunto desarrollado consecutivamente en varios cantos. Sería espontánea, involuntaria, digámoslo así, la cristalización de la idea en la voluntad: su ejecución tuvo siempre que ser más ó menos reflexiva y docta. La forma y desenvolvimiento de sus poemas no los encontró Homero en un instante de arrebatada inspiración. Creer otra cosa es creer en milagros literarios. No hace al caso que en tiempo de Homero se conociese la escritura, como parece demostrar el pasaje de la tableta de Belefonte, ó que no se conociese aún: antes y después de conocerse los signos alfabéticos hubo

hombres más ó menos doctos, según el estado de los conocimientos humanos en su siglo. Homero debió de ser, como Dante, *clérigo grande*, sabio, versado en todo lo que entonces se entendía por ciencia.

La mejor demostración de lo arbitrario de esa distinción tan rigurosa entre *epopeya natural* y *epopeya artificial*, es la comparación entre los *Nibelungos*, que son del siglo XII y se consideran naturales, y la *Divina Comedia*, que es del XIII y se considera artificial ó erudita. ¿Por qué? Tan sólo porque la biografía de Dante y la historia de su época son conocidísimas, claras, modernas casi, dado lo muy familiarizados que nos encontramos con ellas, mientras que ignoramos por completo hasta el nombre del autor de los *Nibelungos*, y la vida germánica que describe nos parece bárbara sanguinaria y erizada de agujas de hielo. Por lo demás, en el poema de Dante vuela el espíritu y late el corazón de una civilización inmensa; toda la civilización latina medio-eval. Sus fuentes—nadie lo ignora—son populares, objetivas, tan objetivas y populares como pudieron ser las de Homero.

Concedo, sin embargo, que, si no existe un muro que divida á la epopeya natural de la artificial, erudita y reflexiva, por lo menos es evidente que, en su gradual desarrollo al través de las edades, la epopeya fué haciéndose cada vez menos natural, es decir, disminuyendo su espontaneidad y creciendo su perfección literaria externa, y que por este camino llegó á la de-

cadencia y al aniquilamiento. No es rigurosamente cronológico el orden que se nota en este incremento y disolución de la epopeya. El período de esplendor del Imperio romano es muy inferior en espontaneidad á la Edad Media, con los *Nibelungos*, *Gudrún* y la trilogía de Dante. Hay paralelismo entre Homero con relación á Virgilio, y Dante con relación á Milton y á Tasso; y, en mi sentir, relaciónase también íntimamente el incremento y decadencia de la epopeya con el desarrollo de la narración histórica. Si algo se puede afirmar con certeza de la epopeya espontánea, es que precede y sustituye á la historia. El poeta épico eterniza en sus cantos los mismos hechos que, aspirando á la imparcialidad y á la veracidad, referirá después el historiador. Las épocas que poseen verdaderas narraciones históricas é historiadores artistas, ven marchitarse la lozanía y frescura de la epopeya. Así, el período griego posterior á Alejandro no vió nacer ningún Homero ni ningún Hesiodo, y en cambio fué fecundo en historiadores y en poetas líricos. Entre los romanos, el florecimiento de la historia influyó en el carácter artificioso de la *Eneida*, de la *Farsalia*, de la *Tebaida*. En la Edad Media, mientras la narración histórica se reduce á crónicas ingenuas é informes, la epopeya, ó al menos el elemento épico, recobran por algún tiempo su pujanza. Alemania produce los *Nibelungos* y *Gudrún*; Italia, la *Divina Comedia*; España, el *Romancero* y el *Poema del Cid*; Francia, la *Gesta* de Roldán. El renacimiento definitivo

de la historia propiamente dicha, será fruto al par que término de esta ebullición épica, que nada tiene de artificial, pues surge de las entrañas de las sociedades que se van fundiendo nuevamente en el troquel del cristianismo. La historia es hija de la epopeya, y, al salir á luz, deja herida de muerte á su madre.

Considerado así el fenómeno, parece tan lógico y sencillo como la transformación de la flor en fruto, ó la sucesión de la virilidad á la juventud en la vida humana.

En otro tiempo no veía yo claramente esta sencillez y normalidad, este carácter de necesidad del hecho. Indignábame la desaparición de las misteriosas energías, de las fuerzas plásticas que produjeron la aparición de las grandes epopeyas, y hasta imaginaba—con pesimismo que hoy juzgo casi impío—que Dios no infundía ya las más altas virtualidades á la raza humana, y que sobre el arte en general habíase tendido la noche de la decadencia, enlazada con otras decadencias y menguas de facultades también eminentes y viriles, como la fe, la esperanza y la religiosidad, que hacen santo al hombre y grandes á los pueblos. Creía yo notar estrecho é íntimo enlace entre la desaparición de la gran fuerza épica y la evidente decadencia de ciertas artes que dieron de sí admirable muestra en otros siglos, y me desconsolaba volver la vista atrás y no encontrar en el presente, ni la admirable escultura de los tiempos helénicos, ni la pintura de los Velázquez, Ticianos, Rafaeles y Murillos, ni la arquitectura gótica. Pero re-

hágase el espíritu, serénese la vista, y entonces se comprenderá que esa fuerza sublime no desapareció; lo que hizo fué transformarse y diversificarse, adaptándose á las sucesivas vicisitudes del género humano y á sus necesidades, distintas en cada período de la civilización. La epopeya se ha convertido en historia, y—no lleve nadie á mal esta afirmación—en novela también; sí, la novela es hija legítima de la epopeya. La inspiración poética ha pasado de épica á lírica; nuestro siglo y el que le precede han visto florecer poetas que nada tienen que envidiar á los de los siglos muertos. La arquitectura se ha compensado con la música; Wagner deja erigidas tantas catedrales del espíritu como el más soñador arquitecto de la Edad Media.

A fin de curarse del pesimismo, conviene mucho parar mientes, no en aspectos parciales, sino en el movimiento general de la sociedad humana. Diríase que es esta á manera de escenario vastísimo, pero donde, á pesar de su magnitud, no pueden presentarse á un mismo tiempo todos los personajes de la compañía—ó sea todo el conjunto de energías y fuerzas que, integrándose y desintegrándose poco á poco, forman la trama de la historia.—Tuvieron las edades primitivas la fe y el instinto épico: nosotros tenemos la caridad y el lirismo. La fe no ha muerto, ni la epopeya tampoco; lo que hace es retirarse á segundo término, dejando el primer lugar á las virtudes peculiares de nuestros días. Una voz de la conciencia nos dice que si estos tiempos presentes son de agitación, zo-

zobra é incertidumbre, no serían de mayor calma los pasados; y si los consideramos serenamente y sin dejarnos influir por los espejismos de la distancia, vemos que fueron—naturalmente—de mayor barbarie y poca cristiandad que los que atravesamos hoy. Propende el hombre á abultar los males que sufre, y á colocar la edad de oro detrás de sí, en las vagas, misteriosas y profundas nieblas de lo pasado. Edad de oro como la entendían los poetas, verosímil es que no la disfrutará nunca el hombre: su destino mortal es de dolores, lágrimas y lucha. La edad de oro venidera,—el ideal á que aspiramos,—será aquella en que á muchos les duelan los dolores de su prójimo; en que más lágrimas enjague la piedad; en que el individuo se sienta más comunicado con la especie; en que la lucha revista menos carácter de encarnizamiento y saña; en que la fe sea madre y engendradora de la caridad, porque la fe sin obras ó con obras de malicia, rencor y odio, es cosa muerta, y aún peor, ya corrompida.

La fe,—no lo dudemos,—volverá á recobrar su puesto de honor entre las grandes virtudes de la humanidad regenerada por la sangre de la celestial víctima que se inmoló hace diez y nueve siglos en Judea. Si atendemos á ciertos síntomas, podríamos decir sin miedo que ya la indecisa luz de la aurora surge en el horizonte. Sería prematuro el afirmarlo hoy por hoy: dejemos al tiempo hacer su oficio, y mientras no se rasga el velo de tinieblas, perseveremos en creer, aguardando la hora.